

V

BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

FRANCISCO VILLAESPESA

la ciudad de los Espalos



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE CULTURA



BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

FRANCISCO VILLAESPESA

la Ciudad de los Espalos

Posfacio de
José Heras Sánchez



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE CULTURA

[el autor]

Francisco Villaespesa Martín (Laujar de Andarax, 1877-Madrid, 1936). En torno a 1884 se traslada a Almería donde su padre ocupará la plaza de Juez. En 1897 marcha a Madrid, tras cursar dos años en la Facultad de Derecho de Granada y pasar por Málaga. En Madrid frecuentó las tertulias del *Café de Levante*, donde conoció a los autores del grupo de la revista *Germinal*, donde publicará sus primeras obras.

Aunque cultivó todos los géneros se inició en la poesía con la publicación de *Intimidades* (1898). Ese mismo año conocería a su futura esposa, Elisa González Columbio (fallecida en 1903), quien le inspiraría algunos de sus libros más queridos, como *Tristitiae rerum* (1906). Por otro lado, su teatro, también en verso, alcanzó pronto un gran éxito de público y crítica. Destacan *El Alcázar de las Perlas*, *Aben Humeya*, *Judit* y *Doña María de Padilla*.

Viajó por Portugal e Italia y, en 1917 comenzó un periplo americano que lo llevó por la casi totalidad de sus repúblicas con un éxito clamoroso. Allí permaneció hasta que en 1931, muy enfermo, el Gobierno de la República lo repatrió desembarcando en Almería en agosto de 1931.

Su muerte, acaecida el 9 de abril de 1936, fue noticia en toda la prensa nacional y americana.

La deuda que la comunidad literaria tiene contraída con Francisco Villaespesa tiene que ver con su fidelidad inquebrantable a la noble causa de la expansión y defensa del Modernismo, vivido por él como una religión.

[la obra]

En *La ciudad de los ópalos*, Villaespesa selecciona la vida de un personaje aristócrata, el conde Max de Ragussa, nacido de una relación extramatrimonial entre el archiduque Maximiliano de Austria y una joven princesa. El protagonista, antes de morir, entrega al narrador un libro de memorias en el que le desvela su misterioso origen, infancia y vida hasta su muerte.

Su producción narrativa –diez novelas cortas– no alcanzó ni en abundancia ni en éxito a su poesía y teatro, pero irrumpen perturbadoramente en el panorama literario español introduciendo importantes novedades en el género referidas a la temática, personajes, técnica y recursos estéticos.

Desde el comienzo, su escritura introduce al lector en un exótico mundo ficcional en el que la Belleza ocupa el lugar de diosa suprema, *leitmotiv* y máxima categoría estética que todo lo invade. En ella se evidencia la obsesión de quien intentará recuperar los valores más singulares del pasado clásico y fundirlos con los de la Modernidad contribuyendo con su extraordinario ingenio al éxito del naciente Modernismo.

Colección Una Galería de Lecturas Pendientes
Dirección y coordinación editorial: Jesús Jiménez Pelayo

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura
© 2017 JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura
© del posfacio: José Heras Sánchez
Diseño: Carmen Piñar ; Maquetación: FJ Galiana del Coso

índice

LA CIUDAD DE LOS ÓPALOS	9
POSFACIO «Francisco Villaespesa y <i>La ciudad de los ópalos</i> » por José Heras Sánchez	42

LA CIUDAD DE LOS OPALOS

I

Le conocí, hace ya más de diez años, mientras mi juventud, aventurera y pródiga, convalecía de un largo y doloroso romanticismo, tonificada por los vientos del mar, el oro del sol y las fragancias de los jardines, bajo la beatitud celeste y aterciopelada de los claros y divinos cielos de Portugal.

Todas las tardes le encontraba en el ferrocarril de Lisboa a Monte Estéril, reclinado indolentemente, en lánguidos escorzos de sultán somnoliento, en los divanes del fumador, siguiendo con voluptuosidades pueriles las azules y caprichosas volutas de humo de su charuto habano que, al escapar entre sus labios acorazonados y carnosos, dejaban en la capitosa molicie del vagón algo así como el vaho cálido y fragante de una selva tropical.

Desde el primer momento absorbió plenamente mi atención, despertando en lo más recóndito de mi espíritu esa curiosidad persistente y terca del que se empeña en reconocer, entre la confusa muchedumbre de una borrosa fotografía, los rasgos imprecisos y lejanos de un viejo amigo de la infancia.

Su figura era íntimamente familiar a mi memoria, aunque no podría precisaros

si topé con ella en las asperezas de la realidad o si la encontré vagando por las galerías milenarias de un cuento...

Mas en la Vida o en el Ensueño yo tengo la certidumbre de haberme inclinado reverente ante la autoridad de su paso, entre el golpear de las alabardas, el batir de los tambores y el resonar de los clarines en alguna remota y fastuosa ceremonia palatina.

Alto y fuerte, esbelto y ágil, poseía ese vigor heroico y esa gracia patricia síntesis de la suprema belleza varonil que tan bizarramente esculpió Eugenio de Castro en aquella rotunda y ejemplar imagen digna de immortalizarse en el bronce de algún bajorrelieve: «La potencia de Néstor en las manos de Helena».

Su rostro grave y sereno, de amplia frente ovaladas mejillas y mentón prolongado, ostentaba al par, en su máscara altiva y augusta, la ascética austeridad de los caballeros del Greco y la pálida elegancia de los príncipes de Velázquez, todo ello ennoblecido por las profusas sombras de las luengas barbas, que le caían hasta el amplio tórax partidas en el centro y cuidadosamente rizadas y peinadas, como las de un orgulloso monarca asirio.

En sus ojos, grandes, profundos y rasgados, parecían luchar, en un deslumbrante pugilato de acerados destellos, los diamantes negros del trópico y los zafiros traslúcidos de los lagos polares.

Y este reñido combate de estirpes distintas y de sangres diversas se extendía también a lo largo de sus cabellos frondosos, de sus barbas fluviales, de sus cejas imperativas y de sus pestañas ensoñadoras, donde en medio de su negrura agorera brillaban, a veces, hilos de oro, tan pálidos, que hacían el efecto de canas prematuras.

La arrogancia de su porte, la distinción de sus modales y la clásica majestad de su

testa, me hicieron pensar en los augustos retratos de esos legendarios paladines que decoran, con el prestigio de sus golas y el damasquinado de sus armaduras, con sus púrpuras y sus armiños, sus coronas y sus cetros, el lujo severo y heráldico de las pinacotecas reales, en los castillos y en los alcázares idealizados por las más prodigiosas leyendas de la Fe, del Amor y de la Gloria...

¿En qué país lejano, en qué reino de fábula, habían contemplado mis ojos esta superba y última flor de dos razas?...

¿En el fondo de qué tela inmortal de un viejo maestro italiano había admirado, bajo la glorificación perenne de una corona de laurel, la nobleza pensativa de aquella frente y la voluptuosidad golosa e insaciable de aquellos labios bermejos y frescos como una granada recién abierta?

Me recordaba, a veces, la potencialidad dominadora, la voluntad imperiosa y el orgullo disciplinado, que son como la suprema trilogía de la Vida, en el austero autorretrato del divino Leonardo.

Otras me evocaba la fisonomía caballerescas, tocada por una roja boina con borla de oro de Don Carlos de Borbón, tal como le había visto, en mi niñez, en un cuadro con marco de filigrana de plata y bajo un dosel con los colores nacionales, presidiendo las ceremonias y asmáticas tertulias de viejos mayorazgos y orondos prebendados, en los severos estrados de mi nobilísimo pariente don Manuel Fernández de Loizaga, caballero de Calatrava, maestrante de Ronda y ayudante de campo del barón de Sangarrón, en la sangrienta jornada de Montejurra.

En algunos instantes pensaba también en un Leopoldo II, en plena madurez afrodisiaca, lejos aún de las decrepitudes libidinosas y de las decadencias inconfesables que le hicieron, buscando un rayito de sol para su invierno, acurrucarse, jadeante y temblón como un falderillo friolento, entre las sedas y los

encajes perfumados y extenuantes de la Cleo de Merode...

Y cansado, al fin, de tantas fantasías, salíame a la plataforma a refrescar mi espíritu con la contemplación de los maravillosos panoramas costeros, hasta que las montañas de la otra banda emborronaban sus frágiles perfiles en la sombra crepuscular y el sol se hundía, en un relampagueante desmoronamiento pirotécnico, en la lejanía azul y roja, más allá de la desembocadura del Tajo, allí, por donde se perdieron para siempre, en el misterio de la noche y de la leyenda, las empavesadas galeras del rey Don Sebastián, el último lusíada...

II

— ¿Quién será?...—inquirió, de pronto, trémulo de curiosidad, un poeta, rasurado como arcipreste, con melenas de bohemio y monoclo de diplomático.

El poeta dejó caer su monoclo con un gesto que envidiaría Chamberlain, y ensordinando la voz en empalagosas dulcedumbres de gelatina, musitó a mi oído:

—Ya averigüé su nombre... Es el héroe de un cuento de Juan Lorraine... Su majestad, el Rey de los Opalos...

Y, con la mirada nadando en exóticas voluptuosidades, nos señaló al pintor y a mí las manos del misterioso personaje... Unas manos largas, finas, descarnadas, de una blancura pálida de marfil viejo y de una fragilidad diáfana de porcelana; manos a cuya belleza concurrieron, depurándose y acendrándose en el cristal de los siglos, todos los tesoros de bellezas de cien generaciones; manos que son la herencia más preciada de una raza, amasadas por el supremo artífice de la

selección, con los lisos más nobles de la heráldica y las hostias más puras de la fe...

En sus dedos, afuselados y rítmicos, ágiles y casi traslúcidos, centelleaban, en anillos de oro y plata trabajados a cincel, a la manera de los antiguos orfebres florentinos, las más extrañas y fabulosas floraciones de ópalos que pudo soñar, bajo el influjo perturbador del haschid, la fantasía desorbitada de un suntuoso kalifa de Las Mil y Una Noches, o, en las alucinaciones delirantes de la morfina y del éter, la imaginación calenturienta, casi posesa, del más refinado discípulo de Dorian Gray o monsieur de Phocas...

Ópalos verdes como esmeraldas, en cuyas selvas llameaban maravillosos incendios de iris; azules como zafiros, en cuyos lagos amanecían milagrosas auroras boreales; morados como amatistas, en cuyas transparencias se deshojaban las rosas de un crepúsculo marino; dorados topacios, en cuyos cielos relampagueaban fugitivos chispazos de sol, nacaraciones de luna y fosforescencias estrellas...

Y todos estos fulgores de maravilla, todas estas claridades ultraplanetarias, todas estas luces de apoteosis arcangélica, aureolaban de una belleza nueva la belleza antigua de sus manos...

En la ancha corbata de seda negra, como una nebulosa combustionada, se desangraba en un lagrimear oscilante de soles de oro, oro ópalo de un rojo más energético que el rubí y más resplandeciente que el diamante...

Y todas estas gemas prodigiosas parecían vivir, mirarme, trémulas de deseo, como si en el fondo de ellas, encantadas en sus reflejos, almas desconocidas nos ofreciesen las virginidades imposibles de los amores más absurdos y los nuevos escalofríos de voluptosidades aún no sospechadas...

Y a estos llamamientos invisibles despertaban, en lo más recóndito de nuestra carne y nuestro espíritu, mundos caóticos de sensaciones impresentidas,

balbuceos de esperanzas inverosímiles y un hormigear hambriento de anhelos desmesurados...

Y, mientras nosotros sufríamos el embrujamiento de sus joyas, el desconocido, ajeno a todo, en la muelle comodidad de su asiento, con beatitud de faquir, seguía contemplando las quiméricas espirales de su habano, que se dilataban, se rompían para volver a juntarse, plegándose como velos, enlazándose en arabescos y en columnatas de prodigio, hasta formar nebulosas alhambbras de ilusión, que se disipaban en derrumbamientos de pedrería por la ventanilla del vagón...

En la estación de Monte Estéril le esperaba siempre un magnífico automóvil, de un azul eléctrico, guiado por un chófer negro con librea roja y blanca...

Y en él se perdía, a toda velocidad, por las umbrosas avenidas de los jardines, resoplando hedores de gasolina sobre la cálida fragancia de las rosas, el aliento carnal de las magnolias y los perfumes desfallecientes de los jazmines y de las madre selvas...

Y el aullido lúgubre y desgarrador de su bocina hacía enmudecer de espanto a los primeros ruiseñores que ensayaban sus trinos a la luna naciente, y apagaban los ecos melodiosos de las violas y los violoncellos, que en las terrazas del hotel de Italia desfallecían de amor, acompasando sus ritmos con la armonía palpitante y epitalámica del mar lejano...

III

Por fin llegué a conocer algunos detalles de la vida del Rey de los Ópalos, detalles

que excitaron mi curiosidad en lugar de aplacarla.

Se hacía llamar el conde Max de Ragusa, y hacía poco más de un mes de su arribo a Lisboa, a bordo de un gran transatlántico holandés... Alquiló en Monte Estéril la más bella y lujosa quinta, frontera al Gran Casino, con un parque espléndido, cuyas terrazas daban al mar.

En ella habitaba, sin más compañía que el chófer negro y dos ancianos de aspecto militar que hacían las veces de mayordomo y ayuda de cámara.

No visitaba el Casino, ni concurría a ninguna tertulia veraniega, ni aun a los suntuosos saraos con que la duquesa de Palmela hacía revivir la magnificencia de sus gloriosos antepasados en su hermoso castillo, cuyas torres almenadas se reflejan en las olas, sobre el pintoresco camino de Cascaes.

Las verjas de su jardín sólo se abrieron para dar paso a su majestad el rey Don Carlos y al infante Don Alfonso, quienes, con gran sorpresa y admiración de parte de los curiosos agrupados en las puertas del Gran Casino, permanecieron toda la tarde en la morada del conde. Y esta visita regia nimbó de nuevo un prestigio a su nombre.

Se echó a volar la fantasía; se forjaron leyendas románticas, intrigas políticas y hasta novelas folletinescas...

Que si era un gran duque ruso escapado de la Siberia, un sultán destronado, un príncipe alemán que traía poderes del káiser para librar a su majestad fidelísima de la influencia inglesa...

Algunos, en torno de la ruleta del Gran Casino, llegaron a desenterrar el poema de amor y de renunciamiento de aquel heredero de la corona de Austria que un día desapareció de la corte de Viena sin dejar tras de sí más huellas que la

estupefacción que produjo su renuncia a uno de los solios más altos de Europa...

Y esta conjetura llegó a adquirir tal auge, que hasta un cronista de crédito la dejó entrever en la prosa olorosa a tocador y untosa de pomadas de una revista de salones...

Y más de una fidalga, pálida y sentimental, puso los ojos en blanco y dispó, con su abanico de plumas, un flébil y vagoroso suspiro, como si quisiera arrojar de su corazón de tórtola en celo y de su cabecita de golondrina en primavera el mariposear deslumbrador de una idea perturbadoramente absurda que le hacía olvidar, por algunos instantes, las zalamerías precoces de su galguito inglés, y, por muchas horas, la reciente novela de Paul Bourget y la última romanza de Tosti.

IV

Bien fuese por el prestigio romántico de tantas conjeturas o por el sortilegio irresistible de sus ópalos, lo cierto fué que el conde de Ragusa llegó a constituir una verdadera obsesión de mi espíritu, y que al penetrar, siquiera en los umbrales, del misterio en que se envolvía, me preocupó constantemente, durante aquellos bellos días, en los cuales el ardor de la canícula se atemperaba con las brisas del mar, las fragancias de los jardines y las risas claras y cascabeleras de unos labios más frescos y musicales que los surtidores del Generalife.

¿Cómo llegamos a entablar amistad el conde y yo?...

Un periódico que se cae, una cerilla que se precisa, el ofrecimiento de un cigarro, el «usted perdone» de un tropiezo casual, la entrega de algún objeto olvidado en las redecillas del tren, todas esas pequeñas naderías que constituyen los eternos

motivos de charla en todos los viajes, empezaron por aproximarnos...

Afinidades misteriosas y simpatías súbitas hicieron el resto.

Salíamos de mañana a pasear a caballo, a tonificar nuestros cuerpos y a deslumbrar nuestras almas en la contemplación de los maravillosos paisajes que entre las desgarraduras de las nieblas iban surgiendo a nuestro paso...

Un jirón de mar, en cuyo azul trémulo florecían las rosas llameantes de la aurora, que flotaba en la distancia, como una isla de fabulosos corales en un borrascoso océano de humos grises; Pazo d'Arcos, que blanqueaba entre el verdor oscuro de sus arboledas y en cuyas altas torres prendía el sol victoriosos gallardetes de oro y púrpura ; Lisboa, lejana, que a la falda de sus umbrosas colinas empezaba a desperezarse de sus sueños de plata, peinando sus cabellos, húmedos aún de rocío, a la orilla del Tajo, como ante un espejo de cobre bruñido; los perfiles suaves, casi femeninos, de las montañas de la otra banda, donde las aldeas y los sembrados, los huertos y las casas de campo, aparecían envueltos en velos llameantes de un rosa pálido salpicado de lentejuelas de oro; y, por último, ya en plena apoteosis solar, la bahía de Cascaes, bordada de jardines, de chalets, de cabañas de pescadores, y en cuyo centro, entre pequeñas embarcaciones veleras, se destacaba la silueta ágil, esbelta y grácil del yate real. Y a nuestro frente, escalas de montes rocosos, coronados de altos árboles, que ascendían y ascendían hasta confundirse en el cielo...

Abajo, la cinta blanca de la carretera, tallada en la roca viva del acantilado, que conduce al embrujado socavón marino, profundo como un cráter, donde aun en horas de calma las olas chocan y rugen, hirviendo en apocalípticas convulsiones de espuma, hasta desbordarse por aquel fatídico embudo que la superstición popular ha denominado La Boca del Infierno...

La conversación se enredaba, las más de las veces, en comentarios políticos y en apreciaciones literarias, o en evocar recuerdos históricos y países lejanos...

La voz del conde se aterciopelaba en un castellano con languideces criollas al describir una estupenda obra de arte, un monumento célebre o una ciudad perdida en el misterio de una isla casi desierta. Su espíritu era amplio y fuerte, sin restricciones ni prejuicios de casta; su cultura, sólida y vasta; el espíritu comprensivo y la cultura experimental del hombre que habla siete idiomas, que ha recorrido las cinco partes del mundo y que conoce, además, la amargura y la vanidad bíblicas del que ya no encuentra en ningún libro ni una página inédita que leer...

Y estos diálogos, truncados a veces por largos silencios de meditación o de recuerdos, fueron eslabonando, con engarces de diamantes, la más desinteresada y espontánea de las amistades...

V

Un día, como le hablara yo de sus ópalos, encareciendo la belleza y variedad de sus matices, me respondió, sonriendo dulcemente, con la voz un poco velada:

—No valen gran cosa. Con el importe de un lechoso de Hungría podríamos adquirir una colección como ésta. Yo los uso por capricho y porque tengo, además, la evidencia de que son el más poderoso talismán contra todas las acechanzas del Destino. Si este que ensangrienta las águilas de oro esmaltadas en este anillo no lo hubiese olvidado su dueño, fuera otra la historia de gran parte del mundo.

Hubo una pequeña pausa, como si una sombra cruzase, entenebreciendo por un

instante la serenidad de su espíritu.

Después, quitándose del meñique una sortija de plata repujada, donde centelleaba, como un alba primaveral, el verdor cristalino de un ópalo, me la ofreció, con las divinas frases d'annunzianas: «Pequeña como una gema, grande como un destino. Acéptala en mi nombre. ¡Os traerá buena suerte! »

Y, sin dejarme tiempo para agradecer su fineza, picó espuelas a su alazán y, saludándome, con un nervioso movimiento de la fusta, se perdió por la senda, entre una nube de polvo que el sol naciente hacía resplandecer como si fuese de chispas de diamantes. Aquella noche, en el salón de la baronesa de Lemos, se comentó la dádiva, y todos a una convinieron que no debía usar aquella piedra, imán irresistible de la desgracia y de la mala fortuna.

Un pintor de ojos de fiebre y barbas frescas murmuró, con la voz ahogada en lágrimas:

— ¡A un ópalo le debo mi fracaso en la última Exposición!... ¡Me lo regaló mi rival!

— ¡Un ópalo llevaba mi marido cuando se suicidó en Monte Carlo!—gimoteó, teatralmente, una joven viuda, cuyo luto parecía hecho a propósito para realzar su belleza de rubia sentimental.

Y hasta hubo un anciano diplomático que afirmó, solemnemente, que el reuma que padecía era también hijo del maleficio de un ópalo.

Se recordaron anécdotas, se repitieron leyendas, y, creo que se inventaron proverbios, y hasta sentencias de los padres de la Iglesia, para condenar al pobre ópalo, que, seguro de su castigo, parecía deshacerse en lágrimas, pidiendo no sólo clemencia, sino también que le dejasen brillar a la luz, encerrado en su fino arillo de plata repujada.

Continuó las salmodias de las protestas.

— ¡Le traerá la desgracia!...

— ¡No obtendrá medalla en la Exposición!...

— ¡Se suicidará como mi marido!...

— ¡Padecerá de reuma!...

— ¡No tendrá tranquilidad!...

— ¡Ni amor!...

— ¡Ni fortuna!...

Sólo unos labios frescos y musicales, más frescos y musicales que los surtidores del Generalife, ahogaron la más dulce de las sonrisas entre los encajes de un pañuelo...

Ellos sabían que aquella misma tarde, en el cenador de una glorieta, me habían dado, con sus besos, todas las felicidades, todas las glorias y todas las embriagueces que existen y pueden existir en los cielos y en la tierra.

VI

Una mañana me despertó, en un brusco sobresalto, un violento golpeteo, que amenazaba desgonzar las puertas de mi cuarto del hotel Italiano. Abrí malhumorado, y, en el umbral, apareció la negra y atlética figura del chófer del conde de Ragusa.

Sobre su frente de ébano crepitaba el sudor: sus músculos hercúleos se estremecían, en un temblor continuo y progresivo de azogado, y hasta en el fondo tenebroso de sus enormes pupilas de animal nocturno se cuajaba el espanto, en el iris de una lágrima rebelde, próxima a desbordarse...

Tartamudeó, en silbos entrecortados de pánico:

— Mi sénior cayóse dentro Boca de Infierno... Caballo romper bridas y morir despeñado... Al sénior le portaron pescadores, sangrando como un león... Venid presto, que sénior se muere...

Y toda aquella osamenta de paquidermo, charolada de betún, pareció desplomarse, en un sollozo desgarrador, mordiendo y desbarrando las palabras entre la blancura alucinante de sus dientes de chacal joven.

— ¡Pobre sénior!... ¡Pobre sénior!... ¡Alá le salve!...

Me vestí como pude, y seguí, verdaderamente impresionado, la silueta del negro, que caminaba repitiendo como un estribillo las frases anteriores, deslizándose entre los árboles, con su paso rápido, ágil, cauto y mudo de cazador de antílopes.

En la verja de aquella quinta, que por primera vez iba a abrirme sus secretos, unos cuantos pescadores comentaban el caso, en torno de una camilla, en cuya blanca lona se destacaban trágicamente sucios manchones de sangre...

Atravesamos el amplio parque por una larga avenida de cipreses y de araucarias, en cuyas glorietas los surtidores parecían llorar las primeras luces del día sobre la sonora cavidad marmórea. Subimos la blanca escalinata, ornada de grandes macetones de pródido, desbordantes de toda una lunática primavera de flores exóticas y plantas raras, y me hallé, por fin, en el vestíbulo, tapizado de viejas telas de Oriente, con geométricos bordados de plata y oro, enlazados en curvas y

serpenteos de pesadilla.

El medroso parpadeo de una lámpara árabe aleteaba melancólicamente en las penumbras, como si un viento misterioso la quisiese apagar... Los pasos se dissipaban en las ricas alcatifas de Persia, como si fuéramos también sombras de sombras...

El doctor Moreira salía acompañado del mayordomo.

Pude escuchar algunas palabras, graves y agoreras, subrayadas de pesimismo fatales por gestos desesperados de impotencia.

— Gravísimo, para qué ocultarlo... Sólo un milagro de Dios o de la Ciencia podrá salvarle... Sin embargo, la naturaleza es fuerte... Puede reaccionar... Vuelo a buscar a mis colegas, para de nuevo reconocer las heridas.

El mayordomo, pálido como un muerto, ordenó al chófer, sin poder refrenar su emoción:

— ¡Pronto, el automóvil!... ¡Acompaña al doctor!

Después, volviéndose a mí y haciéndome un saludo casi militar, murmuró, con la voz rota en sollozos:

— ¡Pase usted, caballero!... ¡Pase usted!

Mi señor desea verle, y, ahora, después de esta primera cura, parece que se quedó más tranquilo.

—Y su estado ¿es de gravedad?—insistí.

— ¡Gravísimo!... ¡Se teme que tenga rota la columna vertebral!

Y limpiándose con el dorso de la mano una lágrima que corría por sus mejillas avellanadas, queriendo emboscarse en la canosa maraña de sus mostachos recortados, según la moda militar del sesenta y ocho, tal como aparecen en los viejos retratos del excelentísimo señor don Ramón María de Narváez, primer duque de Valencia y capitán general de los ejércitos de su majestad católica Doña Isabel II, el pobre viejo proseguía en una lamentación ahogada, a fuerza de ser intensa:

— ¡Qué desgracia, Dios mío!... ¡Qué desgracia!...

Y levantando tapices y descorriendo cortinajes, me condujo, a través de largas galerías de cristales, de amplios y lujosos salones y de una espaciosa y elegante biblioteca, hasta la cámara del enfermo. Todo aparecía envuelto en una semioscuridad discreta y confortadora; los estores caídos, las ventanas entornadas; un tenue reflejo verde de jardín se tamizaba en la paz conventual de la estancia.

Una lamparilla de porcelana rosa mariposeaba sus timideces sobre el mármol negro de una consola...

El enfermo yacía inmóvil, sobre su amplio lecho de caoba, bajo un dosel de damasco carmesí, con rapajos de oro, en cuyo fondo parecióme distinguir la cesárea rapacidad de algunas águilas de plata...

El rostro palidecía sobre el blancor de las holandas ornadas de encajes antiguos de Venecia, y sus largas barbas fluviales temblaban sobre el pecho jadeante, contraído y convulsionado, a veces, por profundos estremecimientos dolorosos.

Mas ni sus labios ni su faz reflejaban nada que no fuera una calma augusta y severa de retrato real, como si su máxima voluntad encajase sobre sus facciones la imposibilidad inflexible de una máscara de bronce. Al verme, con un gesto

cordial, me indicó un alto y blasonado sillón de viejo cuero de Córdoba, que parecía esperar a alguien, a la cabecera del lecho.

Tomé asiento; y, después de una pequeña pausa, su voz de languideces criollas, pura y fresca, como si el dolor y la fiebre no hubiesen aún clavado sus garras en ella, murmuró:

— Perdonad que os haya molestado... Sois la única persona que estimo en este país, y deseaba hablaros, por si tengo necesidad de usar de vuestros repetidos ofrecimientos de amistad... No quisiera, si mi camino llega a su fin, abandonar la tierra madre, dejando en ella secretos que pudieran ser causas de comentarios equívocos y suposiciones aventuradas. Mi mayordomo os entregará un libro de memorias... A vuestra discreción lo confío...

A pesar de la tranquilidad aparente de su acento, yo adivinaba el esfuerzo inaudito, los dolores enormes, que aquellos labios tenían que morder para conseguir articular cada palabra...

Le respondí, procurando también dar a mi acento la seguridad y la calma suficientes para no transparentar mis inquietudes:

— Mi amistad está en absoluto a vuestras órdenes... Pero no os fatiguéis ahora... Tiempo tendremos para conversar después, cuando un sueño reparador haya tranquilizado vuestro espíritu... Entre tanto, yo espero, en vuestra biblioteca, hojeando vuestros libros...

Quiso objetar algo, pero el viejo mayordomo intervino, imponiéndole silencio con un gesto:

—El doctor Moreira os ha prohibido terminantemente conversar hasta que el reposo y este calmante que vais a tomar ahora produzcan sus efectos reparadores

en vuestro organismo...

Y había en sus palabras tal ternura paternal, que el enfermo, sin un gesto de protesta, apuró el brebaje que le ofrecía en una jícara de plata...

El mayordomo me hizo una señal, como invitándome a salir, y levantándome quedamente me escurrí, como una sombra, tras el tapiz de la puerta, medio mareado por el olor a yodoformo, a éter, a ácido fénico, a sangre y a fiebre que impregnaba la cámara, amortiguando los suaves perfumes de las colonias, los cosméticos, los jabones y las pomadas del ancho tocador de caoba coronado por una luna de Venecia...

VII

En las penumbras meditativas de la biblioteca, sobre un diván de piel negra, amplio y muelle como un lecho, esperé reclinado, con un libro cogido al azar entre los dedos, sin fuerzas para leer...

A lo lejos, en la mancha verde del jardín, estremecían el silencio los alaridos de los pavos reales.

Llegó el doctor Moreira, en compañía de dos colegas jóvenes y un ayudante, cargado este último con sendas cajas de operaciones. Penetraron en la cámara...

En el jardín, callaron los pavos reales y empezó a gañir un perro, como si le mostrase sus dientes rechinantes a algún peligro que avanzaba envuelto en las primeras sombras de la tarde...

De la cámara llegaban, ensordinados por los cortinajes, rápidos cuchicheos,

rumor de pasos cautos, tintinear de instrumentos metálicos, estremecimientos de agua y un vago desgarramiento de telas.

El negro y el ayuda de cámara entraban y salían, rápidamente, conduciendo palanganas de agua enrojecida, vendajes de hilas manchados de sangre sucia, casi terrosa, frascos y toallas...

De pronto apareció el mayordomo, desencajado, lívido, deshecho en lágrimas, tambaleante...

Tuve que sostenerle en mis brazos...

— ¿Qué pasa?...

— Lo que presentía el doctor Moreira... ¡Todas las esperanzas perdidas!... Hay que avisar a un confesor... ¡Qué desgracia, Dios mío!... ¡Qué desgracia!...

Me ofrecí a buscar un sacerdote amigo...

Una hora después, el enfermo, sin fuerzas ya para confesarse, recibía la Extremaunción, con las pupilas dilatadas, casi rasgadas, como si quisiera decirnos con la mirada el naufragio eterno en que se hundía, todo aquello que se estrangulaba entre sus labios tumefactos, por los cuales se le escapaba el aliento, gorgoteante, en burbujas, como por los agujeros de un odre de cuero...

El rostro palidecía más, tornándose, a trechos, cárdeno, y a trechos, verdoso, como si se fuesen acumulando, bajo la piel de cera, todas las podredumbres...

El sacerdote, a la cabecera del lecho, oraba...

Los doctores, la gente de la casa y yo, con grandes cirios llameando en las manos, repetíamos, de rodillas, las santas oraciones, mientras el monago, en las pausas, hacía resonar la campanilla litúrgica.

El agonizante apretujaba contra su pecho, entre los dedos crispados, un pequeño crucifijo de marfil antiguo...

En los intervalos de silencio se oía, a lo lejos, el aullido lúgubre de los perros, cada vez más desesperado, cada vez más rabioso, como si acometiesen, erizados de espanto, a la sombra de un fantasma que avanzase, cautelosamente, entre los miedos penumbrosos del crepúsculo...

Tembló un tapiz; crujió un mueble, y algo pasó, como una ráfaga helada, a nuestro lado...

Los cirios se estremecieron... Petrificóse la oración en los labios... Ondearon las cortinas del lecho...

El moribundo debatióse, en brucas sacudidas convulsivas, como si brazos invisibles de garfios de acero le descoyuntasen...

Todos sentimos el golpe de la esquelética Guadañera...

La faz se hizo más pálida aún; entre los labios asomó una baba sanguinolenta, en torno de la cual zumbaban dos tercas moscas, ávidas de podredumbres...

— Gloria in excelsis Deo! — plañió el sacerdote...

— ¡Amén! — gemimos todos...

Un acre perfume a cera y a muerte nos asfixiaba...

Campanas lejanas anunciaban el Angelus en un clamor seráfico de apoteosis cristiana...

El murmullo sollozante de los rezos apagó el último aliento en los labios del moribundo...

Todo cesó de súbito, hasta el aullido de los perros y el clamor de las campanas...

Sólo volvió a escucharse el crepitar doloroso de los cirios y el terco y trémulo zumbido de las moscas...

Las manos temblonas del mayordomo cerraron, para siempre, aquellos grandes y profundos ojos, en cuyo fondo parecían luchar aún, en un pugilato de acerados destellos, los diamantes negros del trópico y los zafiros traslúcidos de los lagos polares...

Y así murió, en un dorado y melancólico crepúsculo de septiembre, en su suntuosa residencia de Monte Estéril, el noble conde Max de Ragusa, mientras en las avenidas del parque, sobre las anchas cepas de las fuentes de mármol, se deshojaba, a las primeras claridades de la luna, la nieve efímera de los últimos rosales veraniegos.

VIII

El viejo mayordomo me entregó, encuadernado en tafilete, con cantoneras de oro, el libro de memorias del conde Max de Ragusa. De sus páginas arranco unos cuantos fragmentos, aquellos que puedan dar un poco de luz sobre lo más interesante de su vida.

«De todos mis recuerdos, los de la infancia son los que aparecen más precisos, como envueltos en una claridad transparente de cristales.

Mi vida es como un túnel: sólo se ve la luz de su fondo.

Recuerdo, como si lo viese en este mismo instante, un viejo castillo, en la cima de

los Apeninos, cuya silueta feudal, de altas torres almenadas, se reflejaba en los claros zafiros de un lago. En ese lago nadaban blancos cisnes... Era para mí una alegría inmensa ofrecerles pedazos de bizcocho en la palma de mi mano...

Un aya inglesa vigilaba bondadosamente mis primeros pasos.

En los grandes salones del castillo, siempre a media luz, me estremecían graves y extrañas sombras que parecían desprenderse de los antiguos retratos...

Un día se abrieron todas las puertas y los ventanales... Lacayos, luciendo espléndidas libreas, poblaron los patios.

Sobre la torre del homenaje flotó al viento una bandera, y los aires se hicieron dulces y sonoros con el eco de los cantos y las músicas de las zampoñas aldeanas...

Aquella mañana mi aya me despertó, muy temprano, a los primeros trinos de las alondras...

Rizó y perfumó mi cabellera castaña...

Resonaron a lo lejos clarines y tambores... Yo palmoteaba de gozo desde la ojiva...

En un recodo del camino aparecieron grupos de jinetes, y, tras ellos, varias carrozas...

Bajáronse los puentes, y, en los empedrados del patio, relampaguearon, resonantes, los herrajes de los corceles...

Los jinetes vestían dolmanes azules con cordones de oro. Sobre sus cascos flotaban plumas más blancas y rizadas que las de los cisnes del lago...

De una de las carrozas descendió un caballero, joven y rubio, que al contemplarme en el ventanal me sonrió, con una sonrisa que aún ilumina de sol el alma...

Rápidamente subió la escalera de honor, y, sonriendo siempre, penetró en la sala...

De los brazos del aya pasé a los suyos...

Me estrechó contra su corazón, cubriéndome de besos, mirándome y remirándome con sus grandes ojos azules, y, volviéndome a besar como no me habían besado nunca...

Recuerdo que su bozo, tímidamente rubio, me hacía cosquillas en los labios... Después me sentó a caballo en sus rodillas, y mis manos acariciaron, hasta fatigarse, las condecoraciones de piedras preciosas que fulguraban sobre el paño rojo de su uniforme y la dorada empuñadura de su espada...

Aquel joven caballero, ante el cual todos se inclinaban profundamente, llamándole alteza, era mi padre, según supe once años después.

Mi madre, una noble princesa italiana, por cuya sangre corría la sangre de la familia Julia, sangre donde se funden las estirpes de Scipión, el vencedor de Aníbal, y de Julio César, el subyugador de las Galias, murió al darme a luz, en el mismo castillo donde se deslizó mi infancia...

Después de esta pincelada de luz se abre, durante algunos años, un paréntesis de monotonía, tan sólo perturbado por la llegada de mi maestro, un sacerdote romano...

Todas las mañanas, en el salón cuyos ventanales dan al lago, me tomaba las lecciones del silabario y me llevaba la mano para trazar los primeros palotes, premiándome con la narración de historias y hechos tan extraordinarios, que me hacían soñar despierto con hazañas y aventuras semejantes.

Esta monotonía terminó con un largo viaje a través de Italia, Suiza y Francia, para

embarcar en Cherburgo, en una fragata inglesa, al Nuevo Mundo, siempre bajo las vigilancias de mi aya y de mi maestro.

Ambos rivalizaban en hacerme olvidar, con su cariño y sus desvelos, las amarguras de mi niñez huérfana...

El mar me causó una profunda impresión de infinito, tanto que mi fantasía de niño me hacía llamarle «el seno de Dios»... Y, cuando le veía encrespase, irritado, alzándose en olas tumultuosas hasta los cielos, amenazando hundir nuestra nave en sus abismos, llamaba a mi aya, y le decía:

— ¡Recemos, aya, que Dios está irritado contra nosotros!...»

IX

«Desembarcamos en Veracruz, donde perdí a mi aya...

Después de un viaje interminable, a través de selvas inmensas, de montañas colosales, pródigas en los más soberbios paisajes, llegué, en una pesada carroza, custodiada por una veintena de jinetes que tocaban sus alborotadas melenas con amplios sombreros cónicos, cuyas alas ribeteaban cordoncillos de plata, a una vieja ciudad, enclavada en un valle fértil, al arrimo de frondosas colinas...

Esa ciudad se llama Querétaro, nombre indígena que significa, según yo creo, juego de pelota...

Mi maestro y yo nos alojamos en un antiguo convento que elevaba sus torres, en una vetusta plazuela solitaria, tapizada de altas hierbas, y entre cuyas piedras salían a veces, a tomar el sol, las lagartijas, las comadreas y los camaleones...

En las salas, amplias y macizas, blancas de cal y con una franja de azulejos verdes, bermejos y amarillos, pasaba las horas declinando voces latinas y griegas; resolviendo complicadas ecuaciones matemáticas, a trazos de tiza, en los pizarriles; recorriendo con un puntero, todo el mapa mundi; incrustando en mi memoria los hechos y los nombres más gloriosos de la Historia, aprendiendo a conocer a Dios en los sencillos relatos de las Santas Escrituras y en vagas nociones de Teología; deletreando las sutiles maravillas de los poetas clásicos, y copiando, a veces, en anchas hojas de papel granulado, los perfiles y los torsos de las estatuas de escayola que adornaban el estudio, y hasta algunas casitas con sus arroyos serpeantes, sus grupos uniformes de árboles y sus vaquitas pastando, junto a un puente, tendido al lado de un molino...

En las horas de asueto corría por los grandes patios encuadrados por pensativas hileras de cipreses, con sus cuadros de césped y sus arriates de flores, con sus palmeras y sus cafetos crecidos en amplios toneles pintados de verde y su fuente monumental en el centro, donde nadaban peces multicolores y en cuya taza, ancha y cóncava, la música de los surtidores, al desgranarse sobre el mármol, perfumaba de frescura el silencio conventual.

Los días de preceptos me llevaban a oír misa a Santo Domingo, uno de los templos más antiguos de la ciudad.

En las unciosas penumbras de sus capillas me arrodillaba devotamente, ante los vetustos retablos... Mas recuerdo que, a pesar de mi fervor, a veces me distraían los rayos del sol al atravesar los altos ventanales...

Las armonías del órgano, la dulzura de las letanías y el perfume del incienso arrobaban mi alma en blancos ensueños arcangélicos, que subían hasta el cielo por escalas etéreas semejantes a las que oblicuamente penetraban por los rosetones de las altas vidrieras...

Me encantaba la música de las campanas, lo mismo la frescura cristalina del alba que la algarabía vocinglera de la salutación angélica; igual el repiqueteo sonoro y prolongado del Ángelus que las graves y lentas evocaciones de las Animas...

Conocía, por sus sonos, las de todas las iglesias y conventos. Aquellas, herrumbrosas y orondas, que parecían cavar en el silencio con azadones de bronce eran las de Santo Domingo; aquellas otras, tintineantes como esquilitas de rebaño, las de las Carmelitas; las otras, gangosas y cascadas, las de San Francisco... Las de San Sebastián eran vibrantes y parlanchinas; como alondras mañaneras; las Mercedarias, cascabeleras y chirriantes, como las golondrinas; las de Santa Teresa se arrullaban, como palomas, y había otras que trinaban como los zentzontles...

Y todas despertaban a las primeras claridades de la aurora, cuchicheaban, reían, se perseguían; parecían bromear, reñir, acariciarse, besarse, atravesando la ciudad, extendiéndose por los huertos, por las haciendas por los caminos, por el azul sereno, en un temblor, en un aleteo prolongado, en un vuelo de plata, de oro y de cristal...

Conservo los nombres de algunas calles, nombres que encierran leyendas que evocan tradiciones y consejos y nos hablan de otros tiempos y de otras razas; de indios y de encomenderos, de brujas y de encantamientos, de amores y de cuchilladas... Calles de la Zonaja, del Desafío, del Sol Divino, del Tesoro, de la Espada, Cinco Señores, Malfajadas, Quemadero, Azucena, Matanzas, Triste, Poca Fortuna y Degollada, leyenda esta última que me estremeció de miedo por primera vez...

Calles estrechas, tortuosas a veces, empedradas de casas que recuerdan con sus fachadas sobrias y pesadas sus portalones y sus ventanas de artísticos herrajes, con su silencio azul y su paz dorada, el aspecto señorial y místico de las viejas ciudades españolas...

En cada plaza se elevaba un templo, con sus cúpulas de media naranja, sus torres esbeltas y cuadradas y sus atrios adornados con toscas imágenes de piedra...

En algunas se veían grupos de árboles de ramas gigantescas, y, en el centro, una gran fuente, donde el agua corría por caños de metal que soplaban mofletudas cabecitas de ángeles de piedra...»

X

«Una tarde, estando dibujando en la pizarra un mapa de Méjico, penetró en mi celda de estudio un bizarro militar que lucía un vistoso uniforme de la Guardia imperial.

Entregó unos pliegos a mi maestro, y mientras los leían y comentaban, en voz baja, los dos, junto a una ventana, yo miraba a hurtadillas al recién llegado atraído por el brillo de su charretera, sus condecoraciones y la empuñadura de su espada...

Era el capitán Montiel, de origen español, que de orden de su majestad imperial Maximiliano de Méjico, venía a encargarse de mi educación militar...

Cuando me dieron la noticia, desde el fondo de mi inocencia infantil rogué al Señor que protegiese la vida de aquel noble emperador que tanto se interesaba por los pobres huérfanos... Además, no pude reprimir mi alegría: reía, palmoteaba, saltando, loco de contento, pues calzar espuelas y ceñir espada fue siempre el sueño de oro de mi niñez solitaria, huérfana de cariños maternos y ansiosa de renovar las gestas más heroicas y las hazañas más épicas de la Historia.

Sobre todo, me encantaba la idea de conquistar reinos y estados, en los cuales,

como en los del César Carlos V, no se pusiese nunca el sol...

El capitán Montiel, hoy mi mayordomo, empezó a enseñarme los primeros ejercicios militares...

Al terminar las clases me narraba gloriosos hechos de armas, en los que él había tomado parte, como alférez abanderado de un regimiento carlista.

Un día colmó mis esperanzas, haciéndome cabalgar en una jaquita castaña.

Galopábamos todas las tardes por los alrededores de la ciudad. Cruzábamos bajo los enormes arcos del acueducto del Marqués. Trepábamos por las vertientes pedregosas del Cerro de las Campanas... Por cierto, que siempre, al pasar por allí, me santiguaba, recordando las consejas del vulgo que hacía a aquellas ásperas soledades, lugar de citas de todas las brujas de la comarca...

Nos perdíamos por las frescas alamedas del camino de Celaya, y, a veces, ascendíamos hasta la cumbre de la colina de Sangremal, para contemplar, a la caída de la tarde, el espléndido panorama de la ciudad dorada al fuego por los últimos resplandores del sol... El río Blanco corría como un incendio... Parecía lamer con sus llamas los puentes y los huertos de sus riberas.

Yo vivía feliz, con mis libros, mi jaquita y las historias que narraban mis maestros...

Sólo en algunos momentos sentía envidia de aquellos harapientos rapaces, libres y contentos como pájaros, que trepaban a los árboles para alcanzar nidos, se metían hasta la cintura en el río, para perseguir a los peces, y batallaban a pedradas en las callejuelas de los suburbios...»

XI

«Una mañana me despertó el tronar de los cañones, un repique general de campanas y un rumor de gentes jubilosas que cruzaban las calles. El capitán Montiel apareció de gran uniforme:

—Levantaos...—me dijo—. El emperador está a las puertas de Querétaro.

Salimos. En todos los balcones pendían tapices y flotaban banderas nacionales... Las calles estaban alfombradas con ramas frescas y hierbas olorosas, como en la procesión del Corpus.

Y ante mis ojos atónitos, deslumbrados por el brillo de los uniformes, de las armas y de los arneses, desfiló el cortejo imperial. En el centro, solo, jinete en un fogoso corcel, engualdrapado de terciopelo y oro, apareció la noble y augusta figura del emperador. Saludaba, sombrero en mano, a la multitud, que le aplaudía frenéticamente, vitoreándole hasta enronquecer, cubriendo su camino de flores y de palomas...

Y tras él, a corta distancia, iban sus generales predilectos: Mejía, Miramón, Ramírez de Arellano y Méndez...

Yo aún conservo en mis ojos el centelleo triunfal de aquel día, y podría dibujar la figura de Maximiliano, risueño y arrogante, saludando con un noble gesto a la multitud.

Al día siguiente me despertaron antes que amaneciera. A la luz de un candelabro, el propio capitán Montiel y mi viejo maestro me ayudaron a vestir.

Me pusieron un traje de terciopelo azul oscuro, con cuellos y puños de encajes blancos...

—Vamos a ver al emperador Maximiliano... Su majestad, gran amigo de los niños estudiosos y buenos, desea conocer vuestros adelantos—me dijeron.

¡Ver al emperador!... Se iba a realizar el más bello sueño de mi vida, pues desde que me mostraron su retrato, que presidía, a la derecha de una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, la cabecera de mi lecho, había sentido por él la más viva e irresistible simpatía...»

XII

«En una carroza atravesamos parte de la ciudad, hasta el palacio que le servía de alojamiento...

Dos generales, con sus charreteras de oro, sus entorchados y sus condecoraciones, salieron a nuestro encuentro. Sus manos me ayudaron a descender de la carroza... La guardia rindió armas a su paso, y con ellos penetré en la estancia del emperador...

Apenas me vio corrió a mi encuentro, me estrechó contra su corazón, besándome, mirándome y remirándome, con sus grandes ojos azules, donde parecióme advertir algo como un temblor de lágrimas...

—Caballerito—me dijo en italiano—estoy muy contento de su aplicación, y espero en breve recompensaros...

Me hizo cabalgar en sus rodillas, y mis manos se entretuvieron acariciando las

condecoraciones y el puño de su espada...

No me atrevía a respirar; así, sobre sus rodillas, ante aquellos ojos azules que me miraban húmedos de ternura y ante aquellos labios que me comían a besos, recordaba la mirada y los ojos de aquel joven caballero, que en su carroza, cercado de húsares, había llegado una vez al viejo castillo de los Apeninos, y cuyo recuerdo iluminó siempre, como un sol, mi memoria...

Volví a verle varias veces, siempre a la misma hora, y siempre recibíéndome con las mismas muestras de cariño...

Sus propias manos me ciñeron la espada y me calzaron las espuelas.»

XIII

«Llegaron días aciagos... Los cañones y la fusilería atronaban los espacios. Patrullas armadas cruzaban la ciudad, y por las calles se veían camillas llenas de heridos...

En una plaza cercana al convento vi, humeantes aún, los escombros de una casa incendiada por una granada...

Una noche me despertaron los gritos, las descargas de fusilería y el galopar de los corceles. Retumbaba cercano el cañon, y cada estampido precedíalo un relámpago. Parecía que la ciudad se desplomaba...

El sacerdote, pálido como un muerto, penetró en mi cuarto, y tomándome de una mano, me dijo, con las lágrimas rodando por sus mejillas:

— Arrodíllate, hijo mío, y pide a la Virgen, con todas las fuerzas de tu inocencia,

que salve al emperador...

Caí de rodillas, y con las manos trémulas de mi maestro entre las mías, que temblaban también, deshecho en lágrimas, como si su llanto me hubiese contagiado, rece con toda la fe de mi alma...

Seguían atronando los cañones; se oían, de cuando en cuando, choques de espadas, descargas de fusilería y gritos de desesperación...

Un formidable tumulto de voces atronó bajo nuestros balcones:

— ¡Viva la República!... ¡Muera el usurpador!... ¡Viva Méjico libre!

Y al clamor de los gritos retemblaron las puertas y crujieron los vidrios...

En el umbral apareció el capitán Montiel, con el uniforme desgarrado, la cara y las manos ennegrecidas por la pólvora y la espada tinta aún en sangre hasta la empuñadura...

—Todo se ha perdido... El emperador acaba de caer prisionero en el Cerro de las Campanas... El ejército está copado... Un traidor dio entrada por el convento de la Cruz a las fuerzas republicanas... ¡La ciudad es suya!...

Nosotros seguíamos sollozando y orando de rodillas...

A lo lejos tronaba el cañón y seguían las descargas...

—Su majestad me dio el encargo, mejor dicho, me ha confiado a este niño, y por eso aquí he venido a salvarle...

Muchos días después vi, por última vez, al emperador...

Estaba en la prisión de las Capuchinas... Un oficial republicano, cuyo nombre

colmaré eternamente de bendiciones, me condujo a su presencia. Un candelabro alumbraba penosamente la estancia... El emperador me estrechó en sus brazos, y yo sentí sus lágrimas humedecer mis cabellos:

—Sé bueno, mío figlio; estudia y hazte un hombre...

Me arrancaron de sus brazos, y yo salí, llorando, con el corazón encogido, y en varias noches no pude dormir, recordando siempre aquel mío figlio, pronunciado en el italiano más triste y dulce que he oído en mi vida...

Al día siguiente, el 11 de junio, caía estoicamente Maximiliano, engañado por todos en el Cerro de las Campanas, bajo los disparos de la justicia republicana de un pueblo que no admite que les impongan leyes. A su lado murieron también sus más bravos y los generales Miramón y Mejía...

Las últimas palabras de aquel noble vástago de reyes y emperadores fueron dignas de su caballeroso heroísmo:

—Mejicanos, voy a morir por una causa justa: la de la independencia y libertad de Méjico. ¡Quiera Dios que mi sangre haga la felicidad de mi nueva patria!... ¡Viva Méjico!...

Algunos años después, al salir de subteniente de la Guardia imperial rusa, cuando apenas si había cumplido los quince años, el capitán Montiel, en un cuarto del hotel Germania, de Moscú, me entregó un paquete de cartas, una espada con empuñadura de oro, un joyero de plata repujada y una sortija de oro cincelado, con dos águilas de esmalte y un ópalo dorado, tan lleno de irisaciones, que parece un amanecer marino visto a través de un topacio...

—Aquí tenéis el secreto de vuestra vida. Conservad esa espada y hacedla, en vuestras manos, digna del héroe mártir que la ennobleció con las suyas. No

olvidad ese anillo y portadlo siempre en vuestros dedos, como un talismán... El único día que su dueño le olvidó, aquel día cayó en poder de sus enemigos y pagó con su vida las ambiciones extrañas...

Leí las cartas: ellas probaban mi alcurnia imperial. Unos amores románticos del archiduque Maximiliano de Austria y de una princesa italiana, idilio que interrumpió la muerte, me dieron la vida. Estas cartas, una espada, una sortija imperial y un joyero lleno de los más extraños ópalos que hayan podido ver ojos humanos, son mi única herencia.»

Al llegar aquí, el capitán Montiel me interrumpió mostrándome la sortija imperial del ópalo color de topacio:

—La historia se repite. El padre olvidó un día este amuleto y cayó acribillado por las balas; el hijo lo dejó olvidado también, y murió estrellado en la Boca del Infierno.

**FIN DE
«LA CIUDAD DE LOS ÓPALOS»**



unas palabras sobre

El poeta con su hijo Francisco, ca. 1922
(Fondo: Biblioteca Pública Provincial de Almería)

«FRANCISCO VILLAESPESA Y
LA CIUDAD DE LOS ÓPALOS»



JOSÉ HERAS SÁNCHEZ

Vilho

«Cada libro es un país, un mundo,
que uno debe recorrer como un viajero
enamorado de la belleza»
(Villaespesa)

En 1884 Pedro Antonio de Alarcón escribía que *«Las personas acomodadas de Almería viven un poco a la inglesa, piensan un poco en inglés, son tan corteses y formales como los más célebres comerciantes de Gran Bretaña, y consideran indispensable tomar mucho té, mudarse de camisa todos los días, leerse de cabo a rabo un periódico, afeitarse, cuando menos, cada veinticuatro horas, y hablar mejor o peor la lengua de Byron. [...]*

Letras, música, política, bolsa, novedades de todo género, eran asunto familiar y constante en las tertulias de aquella ciudad semicolonial».

Estas realistas y expresivas pinceladas retratan la sociedad en la que se educó quien, hasta hoy, ocupa el pódium de los escritores almerienses, Francisco Villaespesa Martín (Laujar de Andarax, 1877-Madrid, 1936). En torno a 1884 su familia se traslada a Almería donde su padre ocupará la

En Almería, Villaespesa cursa bachiller y colabora en periódicos y revistas. BAJO ESTAS LÍNEAS: *Paseo del Príncipe Alfonso*, Almería. Tarjeta postal, 1910 (Fondo: Biblioteca de Andalucía).





IMAGEN SUPERIOR: La familia Villaespesa. El escritor aparece de pie, al fondo a la derecha (Fondo: Biblioteca Pública Provincial de Almería).

DEBAJO: El escritor con su mujer, María Manuela García Roibou, ca. 1922.



plaza de Juez. Allí cursa Bachiller y colabora en periódicos y revistas antes de marchar a Granada en cuya Facultad de Derecho cursa los dos primeros años de Derecho al final de los cuales marcha a Madrid pasando antes por Málaga donde se entrevista con sus amigos los poetas Salvador Rueda y José Sánchez Rodríguez, entre otros.

Desde el comienzo su escritura introduce al lector en un exótico mundo ficcional en el que la Belleza ocupa el lugar de diosa suprema, leit motiv y máxima categoría estética que todo lo invade. En ella se evidencia la obsesión de quien intentará recuperar los valores más singulares del pasado clásico y fundirlos con los de la Modernidad contribuyendo con su extraordinario ingenio al éxito del naciente Modernismo.

Villaespesa contribuirá así a consolidar la literatura modernista en español propugnando que a la literatura compete, por igual, tanto la expresión de su mundo mágico y el descubrimiento de las bellezas encerradas en el misterio de la palabra, que lo desvela, como la búsqueda de mecanismos de renovación de las relaciones entre ese mundo mágico y la palabra misteriosa cargada de valores de modernidad.

En este sentido, Villaespesa defiende con encendido ardor que la palabra es belleza en sí misma y que al arte le corresponde un papel que va más allá de perseguir una copia de la naturaleza.

Poeta y dramaturgo

Aunque cultivó todos los géneros se inició en la poesía con la publicación de *Intimidades* (1898), *Luchas* (1899), *La copa del Rey de Thule* (1900) *El alto de los Bohemios* (1901) hasta un total de cincuenta y cuatro libros fijando definitivamente la poética modernista. Pronto es reconocido como “Príncipe del Modernismo” y, muerto Rubén Darío (1916), se erige en activo luchador e incansable propagador del mismo¹. Sus amigos de tertulias y compañeros escritores (Unamuno, los Machado, Juan R. Jiménez, Benavente, etc.) así como numerosos críticos y cronistas de la época lo sitúan entre los más eminentes escritores del momento.

Su teatro, en verso, alcanzó, igualmente, tal éxito de público y crítica que, desde sus primeras obras, lo situó entre los más aplaudidos dramaturgos coetáneos. Entre sus obras destacan *El Alcázar de las Perlas*, estrenada en el Teatro Isabel la Católica de Granada en noviembre de 1911. Consiguió tal éxito que motivó su nombramiento como hijo adoptivo de esta ciudad. Siguieron obras como *Aben Humeya*, *Judit*, *Doña María de Padilla*, etc. hasta treinta y dos. De ellas, *Hernán Cortés*, *Simón Bolívar* y *El Sol de Ayacucho* fueron compuestas en su memorable viaje por Iberoamérica por encargo de los Presidentes de las Repúblicas de México, Venezuela y Perú, respectivamente. A su representación por las actrices estelares Virginia Fábregas, Margarita Xirgu, María Guerrero, etc.



Caricatura de Villaespesa, por Vázquez de Sola.

¹ En *Bohemia*, novela de Rafael Cansinos Assens, un personaje llamado Perico se dirige a otro hablándole de Villaespesa como «El poeta de los nenúfares [...] pontífice del Modernismo en España...».

asistían las más altas personalidades del propio y de países vecinos.

Villaspesa y la novela corta

Aunque Villaspesa cultivó todos los géneros literarios no destacó en todos por igual. Su producción narrativa –diez novelas cortas- no alcanzó ni en abundancia ni en éxito a su poesía y teatro.

² Afirma L.S. Granjel que los lectores ya estaban cansados de la novela que R. Cansinos Assens denomina “*impúdicos cartones anatómicos*”. Esta circunstancia favorece la aparición de otros modelos de novela cultivados, entre otros muchos, por Zamacois, Trigo, A. Sawa y Villaspesa.

³ Fiesta de Poesía es un texto en prosa leído por Villaspesa ante autoridades, amigos y seguidores con motivo de su nombramiento como hijo adoptivo de Granada. El él reconoce sin rubor sus limitaciones en el dominio de las técnicas narrativa: «*¿Por qué negarlo?, acostumbrado a mis vuelos de águila por las altas cumbres de la poesía, ando vacilante y torpe por el ras de tierra de la prosa*».

⁴ Diez son las narraciones cortas escritas por Villaspesa y recogidas en el volumen de las *Novelas completas* editadas y prologadas por Federico de Mendizábal en la colección Crisol de la Editorial Aguilar. Las páginas citadas a continuación pertenecen a esa edición.

Cuando en 1907 publica su primera novela ya ha triunfado como poeta y pretende demostrar que la nueva estética es apta también para el género narrativo² sobre el que Villaspesa reconoce un limitado dominio³. Pese a ello sus novelas obtuvieron una notable difusión como demuestra su publicación en las colecciones más prestigiosas de la época.

Aunque sus novelas no alcanzaran el reconocimiento de su poesía o teatro aquellas irrumpen perturbadoramente en el panorama literario español introduciendo importantes novedades en el género referidas a la temática, personajes, técnica y recursos estéticos. A todo ello añade una importante presencia mítica y la pasión intensa que siente por el áureo pasado pluricultural de Granada, que impregna algunas de sus novelas.

Aquella preocupación por la Belleza, que brilla de manera singular en su poesía y teatro, alcanza también a sus novelas⁴

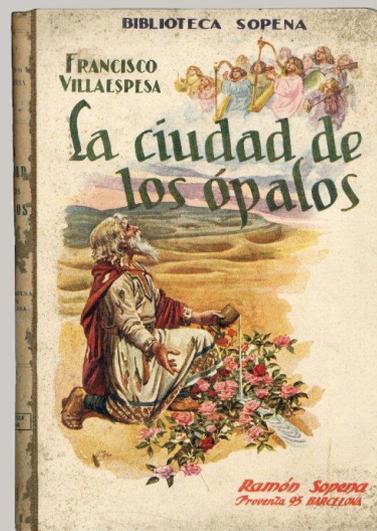
no tanto por las historias contadas como por la sorprendente variedad léxica -neologismos, cultismos, arabismos e inesperados anacronismos- y otros recursos lingüísticos y literarios, que las colocan en la cumbre de la prosa modernista.

En todas ellas sorprende la determinante aptitud del autor para captar los olores, sonidos, tonalidades y sabores prendidos en la naturaleza. Igualmente cautiva la cegadora luminosidad y el intenso azul de cielo y mar captados en su tierra natal, invitados de lujo del espacio narrativo de sus novelas y atmósfera vital y señas de identidad, a la postre, de su cosmos ficcional. Luz, color, sonidos y sabores que no solo aportan colorido y vida al escenario de sus narraciones, sino que imprimen ritmo y marcan los pasos del desarrollo de sus historias noveladas. En ellas el escritor laujareño se muestra profundo conocedor y decidido defensor de la cultura panhispánica y de los pueblos y culturas del Mediterráneo, en especial, de la cultura árabe.

La lectura de estas novelas nos muestra que, aunque los perfiles de sus mundos real y ficcional se encuentran muy distantes, el espacio narrativo establece una estrecha relación con lugares en los que vivió (Laujar de Andarax, Almería y Granada, con La Alhambra como epicentro), o visitó en su madurez (Lisboa, en *La ciudad de los ópalos*).

Tratándose de Granada el autor intensifica todas sus facultades creativas llevando la lengua literaria a formalizaciones

Primera edición de *La ciudad de los ópalos*, México, Ramón Sopena, 1918.





Cubierta de la edición española de *La ciudad de los ópalos*, aparecida en 1921, en Madrid, La Novela Corta (Fondo: Biblioteca de Andalucía).

tan brillantes como la que sigue:

«A lo lejos, transponiendo los divinos pensiles del Alcázar, con sus torres bermejas, con sus minaretos resplandecientes de azulejos y sus azoteas floridas, flota Granada, como el sueño de una ciudad fantástica nadando en un océano de olas escarlatas y playas de nácares»,

y en ella la puerta y la plaza de

«Bib-Rambla, cantada por los poetas como teatro de cien fiestas, de corridas de toros, juegos de sortijas, carreras de caballos y amorosos galanteos», teniendo de fondo «la música de las innumerables fuentes de la Alhambra».

También en *El último Abderramán* nos ofrece una vista de Granada contemplada desde *«la torre más soberbia de la Alhambra»*, desde la que se divisa tanto la vega -que arranca de Villaespesa esta encendida alabanza: *«jamás el sol iluminó tierras más fértiles desde cielos más bellos»*- como la Sierra Nevada, tan celebrada en su escritura,

«Y más allá, rasgando el cielo con su casco de plata, se eleva la montaña de la Nieve, como un centinela que custodia el sueño de la ciudad predilecta de Allah, la sultana de Occidente, de esa ciudad cuyo nombre es frescor de aguas y dulzura de mieles, de Granada la Bella».

Sus narraciones se alejan tanto de lo que algunos consideran novela de *buen gusto* como de la llamada de clave ensayando una novela que se adentra en el interior de sus personajes buscando su belleza espiritual y rompiendo, con riesgos medidos, la tradición realista, general en su tiempo. También porque traslada a la ficción, sucesos y personajes readaptados al ámbito de la Modernidad tal como él la siente y la vive. Ensalza, igualmente, el Oriente musulmán dando testimonio de las más acrisoladas virtudes cívicas, individuales y colectivas del mundo árabe.

A todo ello hay que añadir un fuerte componente costumbrista como señala Eugenio de Nora⁵.

Pero, sobre todo, en su narrativa prevalece la dicotomía belleza-amor⁶, convertido en motor y savia que vivifica todo el universo ficcional villaespesano en el que la mujer se autoadjudica el papel romántico pero retrógrado y reprobable de «*ser tu esclava, algo más tuyo que el alfiler de tu corbata y la sortija de tus dedos*». Y en su configuración formal textual la influencia del teatro es manifiesta.

Entre sus novelas destacan *Zarza florida* (novela griega), *Amigas viejas* (novela rural), *El último Abderramán* y *Las garras de la pantera* (novelas orientales) y, la última, *La ciudad de los ópalos* (novela de misterio).

Cada una de ellas deja constancia de la esencia del alma poética de Villaespesa que, simultáneamente, canta amores



La ciudad de Lisboa es escenario de la novela *La ciudad de los ópalos*. EN LA IMAGEN: *El elevador lisboeta de Santa Justa*, ca. 1930.

⁵ El lector interesado en conocer las características narratológicas de la novelística de Villaespesa puede consultar el libro HERAS SÁNCHEZ, José (2004), *La novela corta de Villaespesa y el Modernismo*, Almería, Publicaciones de la Universidad.

⁶ Para Villaespesa «*El amor no es mas que la nostalgia de una felicidad que perdimos, y que anhelamos encontrar en todo, aun en la misma naturaleza*».

soñados, en unas, y, en otras, revela temores cargados de oscuros presagios⁷.

Así sucede en *La ciudad de los ópalos* en la que Villaespesa selecciona la vida de un personaje aristócrata, el conde Max⁸ de Ragussa, nacido de una relación extramatrimonial entre el archiduque Maximiliano de Austria y una joven princesa. En el protagonista destaca su carácter decadente y modernista. Una pesimista y triste atmósfera recorre transversalmente toda la narración. El protagonista, antes de morir, entrega al narrador un libro de memorias en el que se desvela su misterioso origen, infancia y vida hasta su muerte. Destacan los peculiares perfiles prosopográficos de los restantes personajes, contruidos con rasgos tomados de personas reales conocidas por Villaespesa en su deambular por el Ateneo, los cafés y los escenarios bohemios madrileños⁹.

Con esta novela nuestro autor incorpora un singular decadentismo caracterizado por la nostalgia y el sentimiento melancólico producido por la pérdida de formas de vida y de valores aristocráticos representados en la figura del protagonista.

Sus novelas de impecable elaboración modernista resultan, a veces, una concatenación de imágenes, comparaciones, hipérbolos y todo tipo de figuras literarias que la embellecen hasta límites infrecuentes, como en este fragmento, dedicado también a Granada:

⁷ Esta es la opinión de Cansinos Assens cuando escribe que «*De 1900 a 1905, es Paco [Villaespesa] el corazón de un gran hervor literario cuyo lema es renacimiento y cuyo poderoso flujo se corresponde con los renacientes raudales de todas las venas latinas*».

⁸ ¿Es casual o intencionado el hecho de que seis años después Valle-Inclán llame también Max al protagonista de su *Lucas de bohemia*? Lo desconocemos pero tanto Villaespesa como Valle conocían a Alejandro Sawa de cuya muerte se sirvió literariamente el escritor gallego.

⁹ Según el testimonio de R. Cansinos Assens (1982 y 1985) Villaespesa pasaba gran parte de su tiempo en estos lugares en compañía de amigos y conocidos con los que compartía distracciones, necesidades, problemas, inquietudes y utopías.



«La Sierra de la Nieve oculta tanto oro en sus entrañas, que se desborda para servir de arena a nuestros ríos. Jamás el sol iluminó tierras más fértiles desde cielos más bellos».

La sierra granadina es escenario varias obras de Villaespesa. EN LA IMAGEN: *Sierra Nevada en otoño*, por Joaquín Sorolla, 1909 (Museo Sorolla).

Su maestría poética se pone de manifiesto en un inigualable y armónico reparto de belleza entre temática, personajes, espacio, tiempo, etc., convergencia de elementos que logra efectos estéticos memorables. Entre otros ejemplos sírvanos la inigualable descripción de Leila Hassana *«la perla de Granada, la rosa de Andalucía»*, bella favorita del Emir:

«Las mejillas son huertos floridos de auroras; los senos, nidos de torcaces impacientes; los labios, granadas recién abiertas que gotean mieles y bálsamos, y los ojos, grandes y profundos, como noches tenebrosas, relampagueantes de insaciables deseos».

¹⁰ Aunque referido expresamente a La copa del Rey de Thule, Díaz de Castro, F.J. (1998)-en «Francisco Villaespesa y las poéticas de fin de siglo», *Ínsula*, nº 614, febrero de 1998- destaca que en Villaespesa encontramos «en estrofas y versos de corte parnasiano un buen repertorio de recursos e imágenes simbolistas e impresionistas». Esta influencia se extiende a toda su narrativa, en particular a *Breviario de amor*, *Resurrección* y *El último Abderramán*.

¹¹ Todos los novelistas seguidores del Modernismo, cada uno en diferente medida, llevan a cabo una superación del modelo narrativo vigente en lo que respecta a su relación con la realidad, aspecto en el que Villaespesa no se diferencia tanto de ellos como en el seguimiento del lenguaje y en la renovación técnica, temática y del imaginario narrativo que propugna el Modernismo.

En sus novelas podemos, también, seguir el rastro de movimientos tan importantes como el Simbolismo, Parnasianismo, Impresionismo¹⁰ y Neorromanticismo, a los que nuestro novelista reviste con un marcado carácter modernista de matriz originaria villaespesana. En este carácter prevalece el orientalismo, que, junto con el exotismo, la subjetividad, el erotismo, la magia, el ascetismo, etc. constituyen el ropaje con el que el hombre modernista, disperso y desorientado, se cubre y con el que se enfrenta al advenimiento de la sociedad industrial y, en España, por demás, a un difícil momento político y social en cuya superación se implican el grupo de intelectuales que conforman el Regeneracionismo, el krausismo y la llamada Generación del noventa y ocho. Villaespesa permanece al margen de esta orientación comprometida y sus novelas huyen de la realidad próxima, inmediata y vuelan por el tiempo y el “azul” a mundos recónditos, arcanos, desconocidos y misteriosos. De este modo los presupuestos estéticos del Modernismo están presentes en ellas produciendo una narrativa diferente al modelo usual en su tiempo¹¹. Entre las diferencias destacan el hilo pluricultural

y la atmósfera vitalista que las recorre, conecta y envuelve, respectivamente, así como el carácter sentimental y pseudo-histórico que las aleja de las perplejidades y desazones del momento.

Todas las características modernistas señaladas se ven enriquecidas con los valores éticos como la sinceridad¹², la verosimilitud, el decoro horaciano y la sencillez, que potencian las características modernistas ya señaladas.

Finalmente, resumiendo su aportación también desde una perspectiva historiográfica y globalizada, le cabe el mérito indiscutible de, al mismo tiempo que haber servido de puente entre la literatura de una y otra orilla del Atlántico, haber aproximado tendencias literarias europeas –tradujo obras italianas, portuguesas y francesas- y, simultáneamente, promover iniciativas difusoras de la creación literaria de su tierra como La Biblioteca de Andalucía.

Su periplo americano iniciado en 1917 lo llevó por la casi totalidad de sus repúblicas con un éxito clamoroso sólo constatable en la prensa de aquellos países. Allí permaneció –con la única interrupción de dos breves venidas a España para conformar Compañías de Teatro- hasta que en 1931, muy enfermo de hemiplejía y carente de medios económicos, El Gobierno de la República lo repatrió desembarcando en Almería en agosto de 1931. Pese a su prolongada y dolorosa

¹² Villaespesa, en el acto promovido con motivo de la muerte en Montevideo de su amigo el poeta Julio Herrera Reissig, ensalzando su sinceridad, afirma que «*para mí la sinceridad es algo así como el corazón del Arte*».

Villaespesa inició en 1917 un periplo americano por la casi totalidad de sus repúblicas con un éxito clamoroso. A la derecha vemos al poeta, junto a otros escritores, en Río de Janeiro, a finales de la década de los 20. En esta ciudad, en la que vivió varios años, sufriría una hemiplejia que le haría regresar a España en 1931 (Fondo: Biblioteca Pública Provincial de Almería) .



enfermedad, que lo retuvo en cama casi un lustro antes de su muerte, escribió todos los días porque la escritura para él era tan natural y necesaria como la respiración.

Su muerte, acaecida el 9 de abril de 1936, fue noticia en toda la prensa nacional y americana y a su sepelio asistió gran par-

te del Gobierno, los más ilustres escritores y representantes de las más altas Instituciones políticas y culturales.

La deuda que la comunidad literaria tiene contraída con Francisco Villaespesa tiene que ver con su fidelidad inquebrantable a la noble causa de la expansión y defensa del Modernismo, vivido por él como una religión, cuya obra trasluce –en palabras del propio Villaespesa a su amigo F. de Mendizabal en el prólogo a su Leonora- *«las transparencias remotas de su maravillosa estirpe literaria»*. Estirpe noble que unida a su autoexigencia y maestría literarias produce la obra que lo sitúa en la cúspide de los escritores modernistas, lugar que hasta hoy se le ha negado más por olvido que por demérito del escritor almeriense.

Concluyo con aquellas bellas palabras del poeta almeriense que me han servido de pórtico a esta breve presentación *«Cada libro es un país, un mundo, que uno debe recorrer como un viajero enamorado de la belleza»*.

Galería de lecturas pendientes



BibliotecaVirtualAndalucía

2017

21

BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

